

## Seamos memoria viviente de Cristo



G. CLAUDIO BOTTINI, OFM<sup>1</sup>

CuadMon 134 (2000) 273 - 277

Hace algunos años me sorprendió la noticia que la Iglesia aprobaba una nueva familia de vida consagrada con el nombre latino: “Memores Domini” que en castellano podríamos traducir: “Los que recuerdan al Señor”, o bien: “Los que recuerdan / hacen memoria del Señor”, o también: “Aquellos que son memoria del Señor”. Pensándolo un poco me pareció que el Espíritu había suscitado en la Iglesia una familia de consagrados para recordar en forma visible y permanente a todos los cristianos una dimensión fundamental de su identidad.



Se sabe que la “memoria” es una categoría bíblica y que el creyente es por definición una persona “memore”, es decir dotada de memoria. En el Antiguo Testamento la memoria tiene una importancia enorme y su ámbito

---

<sup>1</sup> El Autor, sacerdote de la Orden los Frailes Menores, es profesor del Instituto “Studium Biblicum Franciscanum” (Jerusalén). La traducción castellana fue realizada por las Hermanas del Monasterio Trapense de la Madre de Cristo (Hinojo, Pcia. de Buenos Aires, Argentina). Agradecemos a la Hna. Marta Tamburini el envío de esta contribución.

es muy vasto. Basta recordar algunos textos.

Moisés, después de haber evocado la obra de Dios por su pueblo, recomienda a Israel: *Pero ten cuidado y guárdate bien, no vayas a olvidarte de estas cosas que tus ojos han visto, ni dejes que se aparten de tu corazón en todos los días de tu vida: enséñaselas, por el contrario, a tus hijos y a los hijos de tus hijos. Acuérdate que estabas en el Horeb... Guárdate de olvidar la alianza que Yahveh tu Dios ha concluido con ustedes... (Dt 4,9.10.23)*. En el Cántico de Moisés (Dt 32,1-44) el recuerdo de los beneficios de Dios por Israel comienza con la invitación a hacer memoria: *Recuerda el día lejano, considera los años de edad en edad. Interroga a tu padre, que te cuente, a tus ancianos que te hablen (Dt 32,7)*. Cuánto Israel hubo cultivado esta memoria de la historia de la salvación, de los momentos y de los gestos que la testifican, se muestra completo en las páginas de la Escritura donde la memoria se extiende de la Creación a Abraham, de Abraham a la Alianza del Sinaí, del Éxodo al Exilio.

No se trata de un recuerdo nostálgico o de una actitud pasiva. La memoria bíblica es una actividad permanente, dinámica y “actualizante”. Haciendo memoria de la propia historia, Israel conoce su Dios (Sal 105,5.7) como el único Verdadero Dios (Dt 4,32.39; Is 46,8-9), y aprende a huir de la idolatría (Dt 4,10.16-18); aprende a poner toda su esperanza en Él (Sal 78,7) y a observar sus mandamientos; comprende que Él ama primero y por puro y gratuito amor (Dt 9, 4,6; Mi 6,3-4.5) y que corrige como un padre (Dt 8,2-5); saca enseñanzas morales como la misericordia y la compasión hacia los esclavos, el forastero, el huérfano y la viuda (Dt 5,14-15).

La memoria se hace sentir con acento más vivo en los días de aflicciones. Cuando todo Israel, una parte o alguno de sus miembros está en el sufrimiento, si vuelve el pensamiento hacia el pasado, a las tantas veces en las cuales Dios ha intervenido para liberarlo de las varias angustias (Sal 44,2; Is 63,11; Si 51,8; 1 M 2,61) y sobre todo en la primera gran liberación de la esclavitud egipcia. Con estas palabras Moisés previene a Israel de todo desaliento con que debe afrontar el ingreso en la tierra prometida: *Tal vez pensarás: estas naciones son más numerosas de mí ¿cómo podré expulsarlas?; NO TEMAS! Acuérdate de aquello que el Señor tu Dios hizo al faraón y a todos los egipcios; acuérdate de la gran prueba que has visto*

*con los ojos, de los signos, de los prodigios, de la mano potente y tenso brazo, con que el Señor tu Dios te ha hecho salir; así hará el Señor tu Dios a todos los pueblos de los cuales tienes temor (Dt 7,17-19).* La misma certeza de fe expresa el orante del Salmo 22,5-6. Volviendo de continuo con la memoria a la liberación colectiva e individual del pasado, Israel, se disponía a acoger la liberación definitiva, o sea la salvación mesiánica (cf. *Lc 1,68; 24,21*).

No es casual que a la venida del Mesías los contemporáneos recuerdan los acontecimientos salvíficos del pasado y ven en la salvación mesiánica el fruto del “recordarse de Dios”. Es María inspirada que canta: *Dios ha socorrido a su siervo Israel acordándose de su misericordia (Lc 1,54)*; hizo eco Zacarías, aunque él bajo el influjo del Espíritu Santo: *Así él ha concedido misericordia a nuestro padre y se ha recordado de su santa alianza (Lc 1,72)*.

El evangelista Juan anota muchas veces que después de Pascua los discípulos recordaron y comprendieron palabras y gestos de Jesús. A propósito de la purificación del templo escribe: *Cuando fue resucitado de entre los muertos, sus discípulos se recordaron que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en las palabras dichas por Jesús (Jn 2,22; 12,16)*. La memoria de los discípulos -según la promesa de Jesús- será sostenida y vivificada por el Espíritu Santo: *El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre mandará en mi nombre, les enseñará cada cosa y les recordará todo lo que yo he dicho (Jn 14,26)*.

En el momento solemne y dramático de la Última Cena resuenan las palabras: *Hagan esto en memoria mía (Lc 22,19; 1 Co 11,23)*. Los cristianos son por supremo deseo y mandato de Jesús “memoria de Cristo”. La comunidad cristiana, y por consiguiente cada creyente en Cristo no puede existir auténticamente más que como “memoria de Jesucristo”, de su palabra y de su misterio pascual.

Naturalmente que esto es posible por el Espíritu Santo que Jesús da incesantemente a los suyos. Ha escrito Juan Pablo II: “La Iglesia no puede prepararse al cumplimiento bimilenario de otro modo, si no es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del

Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia” (*Tertio Milenio Adveniente* [= TMA] 44).

El cristiano se vuelve no a una doctrina o a una filosofía de la vida, sino a la historia de las maravillas realizadas por Dios para la salvación de los hombres. Tal historia, narrada en la Biblia por inspiración del Espíritu Santo, a través de etapas sucesivas se ha realizado y ha alcanzado su culmen en JESÚS, acontecimiento único y definitivo del actuar de Dios. Si el creyente vive verdaderamente en referencia a Cristo, “su historia presente” no puede no ser “memoria de Cristo”. No es cuestión de retornar al pasado para imitarlo o repetirlo. Lo que determina al cristiano en su actualidad histórica y le ofrece la posibilidad de ser su “memoria” activa y coherente, es Cristo muerto y resucitado. El Espíritu de Jesús resucitado da al cristiano la luz para discernir en la historia el camino de Cristo y encontrar el coraje de construir con él el Reino de Dios.

Esta dimensión bíblica esencial es lo que hace de la Iglesia y de cada cristiano una memoria viviente de Jesús; María, Madre y Discípula del Hijo, es el modelo sublime. Es verdaderamente profunda la anotación del Evangelio de Lucas que describe a María como aquella que *custodia y medita en su corazón* los hechos y las palabras de Jesús (*Lc 2,19.51*). “Mujer del silencio y de la escucha” (TMA 48), María aparece siempre pronta a custodiar y meditar en la memoria vigilante y fecunda de su corazón los acontecimientos y las palabras de la historia de la salvación y en particular de la venida del Mesías, que la comprometen a partir del: *Hágase en mí según tu palabra* de la Anunciación. María acoge el misterio de la persona y de la obra del Hijo que va desde el nacimiento a la vida pública, de la pasión a la resurrección y se prolonga en la vida de la Iglesia en la cual ella está presente como la “Madre de Jesús” (*Hch 1,14*).

La Palabra de Dios y su mensaje son dadas para la vida. No podemos por tanto hacer a menos de confrontar el mensaje que surge de la memoria bíblica y aquella de María. Estamos así fuertemente invitados a confrontar nuestra memoria con aquella de María.

¿Es dinámica nuestra memoria? De la memoria del pasado se nece-

sita sacar una lección de vida para el presente. El recordar no debe ser un refugio en lo que en el pasado ha sido bello o agradable para no pensar al presente difícil o doloroso. Al contrario la memoria del pasado debe servir para vivir bien, sabiamente el presente.

¿Cómo recordamos? La psicología y la experiencia nos dicen que existen desdichadamente también las enfermedades de la memoria. ¡Cuántas veces en la vida de una creatura un trauma, una ofensa, un fracaso, un límite o un defecto no aceptado, una experiencia de pecado no sanada terminan por absorber y bloquear la memoria! Cuando esto sucede la memoria, esta extraordinaria facultad espiritual, se enferma causando daños gravísimos en toda la persona.

Es necesario por esta razón curar la memoria para que no se bloquee, no se enferme. Luego de advertir los síntomas de la enfermedad de la memoria se necesita tener el coraje de someterla a la confrontación sanadora de la memoria bíblica... de la memoria de María. Es necesario aprender y aprender de nuevo de ella qué cosa recordar y cómo conservar en la memoria del corazón.

«Tú [¡oh María] eres memoria de la Iglesia! La Iglesia aprende de tí, que ser Madre quiere decir ser una Memoria, quiere decir “conservar y meditar en el corazón” las vicisitudes de los hombres y de los pueblos; las vicisitudes gozosas y aquellas dolorosas. Cuántas... vicisitudes... cuántas esperanzas, pero también cuántas amenazas; cuántas alegrías, pero también cuánto sufrimiento... y a veces ¡qué grandes sufrimientos! Debemos todos, como Iglesia, conservar y meditar en el corazón estos acontecimientos, así como la Madre. Debemos aprender siempre más de tí, María, cómo ser Iglesia en este traspaso de milenio»<sup>2</sup>.

*Studium Biblicum Franciscanum*  
*POB 19424. 91193 Jerusalem*  
*Israel*

---

---

<sup>2</sup> Juan Pablo II, *L'Osservatore Romano*, 2-3 de enero de 1987, p. 5.